

La literatura, reino del mito:
Roberto Calasso

Pedro Luis Ladrón de Guevara Mellado

Roberto Calasso, nacido en Florencia en 1941, dedica gran parte de su actividad al mundo editorial, siendo considerado el *alma mater* de la muy prestigiosa Adelphi Edizioni, editorial que tiene en su catálogo a autores como Elias Canetti, Antonin Artaud, Karl Kraus, Wassily Kandinsky, Joseph Roth, Hugo von Hofmannsthal, W.C. Williams, Alberto Savinio, J.R.R. Tolkien, Czeslaw Milosz, Djuna Barnes, James Stephens o Mario de Andrade entre otros. Enorme saber cultural, y heterogéneo, que muestra la pasión de este escritor por la escritura y por los grandes mitos de la literatura, presentes también en su obra literaria. Ejemplo de su amplio abanico de intereses es la edición que hace unos meses, en septiembre de 2003, hizo de una recopilación de sus comentarios a obras por él publicadas bajo el título *Cento lettere a uno sconosciuto* (*Cien cartas a un desconocido*) (Adelphi): el desconocido no es otro que el lector que se deja aconsejar para sus lecturas por el editor-lector.

En los Cursos del Escorial organizados por la Universidad Complutense en 1993 Calasso confesaba que "detrás de mis libros está la cosa más simple de todas: la Mitología: contar historias ya contadas". Sólo con esa premisa podremos comprender el recorrido narrativo del autor. Frente a una literatura del siglo XX empeñada en hacer de la originalidad temática su principal característica, el autor busca en el mito de cualquier cultura (hinduista, grecolatina, europea...) el filón para su propia obra narrativa, ya que no es su objetivo la originalidad sino la reinterpretación –en un rasgo más de la globalización que abarca a todos los sectores de una cultura que se expande por todo el planeta, independiente del lugar de origen. El tema de la transmisión cultural de Oriente a Occidente es uno de los



principales motivos de su obra; baste pensar que no es casual que el punto de partida de *Las bodas* sea el rapto de Europa, lo que da lugar al viaje de Oriente a Occidente (de Asia a Europa) y la transmisión del alfabeto de un continente a otro.

Respecto a la posible clasificación de su propia obra, pudiéndose considerar filosofía o novela, el autor ha preferido que se incluya en colecciones de novela, porque para él se circunscribe al mundo de la Literatura, utilizando esta palabra en su acepción más completa.

Su primer libro fue *L'impuro folle (El impuro loco)*, Adelphi, 1974), sobre la figura de Daniel Paul Schreber, presidente de la Corte de Apelación de Dresde, que había ingresado en 1893 en un psiquiátrico tras una grave crisis durante la cual mostró su delirio por sentirse mujer. Schreber recogió su experiencia en el libro *Memorias de un enfermo de nervios*, de cuya edición italiana Calasso se encargó en 1974. Su pasión a la hora de confeccionar la introducción le llevó a escribir esta obra.

El libro de Schreber fue citado por Jung en 1907 y por consejo de éste leído por Freud en 1910; con posterioridad tendría a Lacan y a Canetti entre sus lectores y comentaristas. El protagonista de Calasso cuestiona el Orden del Mundo y se siente atraído por la feminidad, pues "todo lo que es femenino ejercita una atracción sobre los nervios de Dios". Dios que se presenta doble, pero que hoy es Uno porque su segunda faceta queda muy lejana para los hombres. Lo que subyace en este comportamiento es la pérdida de la propia identidad del protagonista, pues Schreber "es sabedor de que el enemigo está en el inconsciente". Freud aparece como último anillo del complot que quiere "buscar la privación, que debía estar en el origen de aquella paranoia, y

la identificó con la carencia de progenes" callándose el segundo motivo indicado por Schreber, esto es, su deseo de actuar como "médico de enfermedades nerviosas". El propio Freud, no sin cierto cinismo, escribirá a Jung que "tendrían que hacerlo profesor de psiquiatría".

Es éste un libro que penetra en los debates de los orígenes de la psiquiatría a finales del siglo XIX y principios del XX, donde aparecen personajes como Flechsig o Ferenczi, y donde nervios, sexualidad y pensamiento religioso se unen; baste pensar como Flechsig encuentra en la castración la utópica solución a muchos problemas psíquicos.

Calasso extrae el título de las palabras de Schreber, que se autodefine "impuro loco", pues "mi piel es pulpa de aguacate, *nigra sum sed formosa*, sabía ya entonces el dios que el placer está en lo impuro, pura solamente la defensa en el terror..."

En 1983 escribe *La rovina de Kasch (La ruina de Kasch)*, Adelphi, 1983; Anagrama, 2001), en la que aparece como maestro de ceremonias el político y diplomático francés Talleyrand-Périgord, ejemplo de diplomacia y de adecuación a los tiempos convulsionados que le tocó vivir. El personaje central pasa de obispo a ministro de la revolución, apoya a Napoleón y posteriormente lucha por la restauración de la monarquía, llegando a ser embajador en Londres hasta 1834. Talleyrand nos lleva por los salones literarios, y de él se sirve Calasso para mostrarnos la Corte de Versalles, con Sainte-Beuve y muchos otros personajes. Aquí es patente la que podríamos considerar una de sus grandes virtudes: su capacidad para tejer una red de relaciones culturales que se extiende a Baudelaire, a Marx, a Chateaubriand o a la India de los veda. Y en todo ello, el poder de la narración por encima del orden político y religioso esta-

blecido, como sucede con la ruina de Kash, el reino africano que desaparece por la palabra del narrador, y que sólo permanece en la voz del rapsoda que narra su leyenda.

En el reino de Kash el rey es asesinado cuando los sacerdotes ven en las estrellas el final de su reinado; entonces, se elige a otro. El nuevo rey, Akaf, llama a Far-li-mas, famosísimo narrador de historias venido de Oriente, para que le distraiga con sus cuentos. Far-li-mas se enamora de una sacerdotisa hermana del rey, Sali, la cual, para evitar que con la muerte de su hermano también sean asesinados ella y el narrador, urde una treta para que los sacerdotes escuchen y se hipnoticen con los cuentos de Far-li-mas, con lo que se olvidan de vigilar las estrellas y no llegan a conocer el día en que debería haber acabado el reinado de Akaf. Logrado el propósito, Akaf pudo reinar durante muchos años y llevó el progreso a su pueblo, siendo su heredero en el trono Far-li-mas. El gran auge económico del reino lleva a sus enemigos a abalanzarse sobre él para su saqueo. Al final, como suele ocurrir en la obra de Calasso, la palabra es cuanto queda. Perdido el reino, sólo nos quedan las leyendas, tal y como le ocurriera a la antigua cultura de la India, incapaz de dejar vestigios tangibles, pero inmensa en su vasto legado de la palabra.

El libro, tras un largo recorrido de más de cuatrocientas páginas, nos muestra a Talleyrand volviendo al seno de la Iglesia en su calidad de obispo, a pesar de que había apoyado la expropiación de su patrimonio y se había casado: "Aquel que durante años –escribe Calasso– había sido la imagen más adecuada del Diablo, reconocía que, en origen, su alma había sido vendida a Dios".

De 1988 es *Le nozze di Cadmo e Armonia* (*Las bodas de Cadmo y Harmonía*, Adelphi, 1988; Anagrama 1994). Es evidente que un autor interesado por el mito no podía dejar de lado la mitología griega, y a ella le dedica este libro donde aparecen, entre otros, el abandono de Ariadna por Teseo, Dionisio que viola a Aura, además de Apolo, Helena, Aquiles, Penélope, Carónide... y, sobre todo, Zeus que rapta a Europa bajo la forma de un toro de resplandeciente blancura. La importancia para Calasso de este mito estriba en que Europa es la joven asiática trasladada a Occidente; por tanto, supone el paso de la sabiduría, del conocimiento del mito, de Asia a Europa. Así también las bodas de Cadmo (hermano de Europa que llega a Grecia en busca de ésta) y Harmonía suponen la llegada del alfabeto –y por tanto la escritura de los mitos– a Occidente. Por otro lado, las bodas de Cadmo y Harmonía en Tebas suponen el máximo acercamiento entre los hombres y los dioses; a partir de entonces la presencia de éstos –que siempre había sido provisional, "un dios nunca es una presencia constante"– sólo podrá ser a través del alfabeto, "vocales y consonantes unidas en signos minúsculos", que servirá para narrar aquello que nunca sucedió pero que siempre acompañará a la humanidad, tal y como nos contara Salustio con palabras que Calasso cita al comienzo del libro: "Estas cosas no ocurrieron nunca, pero existirán siempre."

Leyendas y mitos cuyo valor no está en su veracidad, sino en la capacidad de acompañar al ser humano a través de los siglos. Su lectura y replanteamiento les otorgan nueva vida. El libro busca también la esencia de la relación entre lo humano y lo divino –muy presente en todos los libros de Calasso, incluido el de Kafka–, como escribiera Sergio Pautasso: "Ha salido un libro que no



es el testimonio de una posterior fuga de la mente humana en lo imaginario divino, sino las actas de un proceso fantástico que tiene como acusado el perdurable misterio del sentido de la divinidad que ninguna tecnología humana está en grado de explicar".

Para Calasso los mitos se interrelacionan, pues –como él mismo ha escrito– "las historias nunca viven solitarias, son ramas de una familia que hay que seguir hacia delante y hacia atrás", siendo ésta la principal y más evidente cualidad del escritor.

De tres años más tarde es *I quarantanove gradini* (*Los cuarenta y nueve escalones*, Adelphi, 1991; Anagrama, 1994), donde el autor recoge treinta y siete textos sobre autores modernos: Nietzsche, Kraus, Robert Walser, Adorno, Bazlen, Céline, Heidegger, Stendhal, Marx, Simone Weil. De ésta última recoge la necesidad de un método de trabajo fundado en la analogía que nos permita "repensar" los textos constantemente; no en vano Calasso dará al libro el título de su intervención sobre Benjamín, exegeta por excelencia cuyo sueño era el de "desaparecer, en el cenit de su obra, tras una avalancha insaciable de citas". Y recoge las palabras que éste escribiera a Max Rychner: "Yo no he podido nunca estudiar o pensar salvo en sentido teológico, si se puede decir así, es decir, de acuerdo con la doctrina talmúdica de los cuarenta escalones de significado de cada paso de la Torah". Simbología y analogía como elementos de la polisemia de un texto.

En 1996 Calasso se introduce en ese otro mundo mitológico que le atrae: los temas védicos, el hinduismo con sus propios dioses y figuras (Siva, Visnú, Buda). El libro se titula *KA* (Adelphi, 1996, segunda edición 2001; Anagrama, 1999), que significa "¿Quién?", última pregunta que nos hacemos cuando ya nos hemos

planteado todas las demás. Respuesta que sólo podremos tener cuando hayamos oído todas las historias. Por las páginas aparece Ka, el nombre secreto de Prajapati, el progenitor, el origen de los treinta y tres dioses y de los hombres; también encontramos a los Deva y los Asura, los dos grupos de dioses que combaten entre ellos para conquistar el jugo de soma; a Krisna joven y maduro; y a Buda, el príncipe que abandona la casa del padre para descubrir la vía de la liberación. Entre las fuentes que utiliza encontramos, entre otras, *Pancavimsa Brahmana* (trad. de Caland), *Satapatha Brahmana* (trad. de Eggeling), *Rig Veda* (trad. de Renou y Thieme), *Mahbharata* (trad. de van Buitenen), *Dhvanyaloka* (trad. de Mazzarino).

La historia arranca con Garuda, que comprende que nada puede ser exterminado porque todo deja un residuo, y cada residuo es un comienzo, tal y como ocurre con las narraciones, con los mitos: "Cuántos eventos, cuántas historias una dentro de la otra, de modo que en cada juntura se esconden otras historias". También el mundo está hecho así, siempre tiene una continuación y una historia anterior, entretejidas e interrelacionadas: "El mundo primero era, por lo menos, segundo, siempre ocultaba en sí un antecedente". Y Garuda, como quizás el propio Calasso, no duda en afirmar: "Necesitaré toda una vida para comenzar a comprender lo que he vivido".

En 2001, aparecen publicadas las ocho lecciones impartidas por Calasso en la Universidad de Oxford el año precedente. El título es muy significativo: *La Letteratura e gli dèi* (*La Literatura y los dioses*, Adelphi, 2001; Anagrama, 2002) en él hace un repaso a la importancia del binomio dioses-literatura. La primera lección la dedica a "La Escuela Pagana", título de

un artículo de Baudelaire de 1852 donde ya habla del exceso de paganismo de quien había leído mal a Heine. Ese acercamiento al mundo pagano provoca un renacimiento oriental que traerá a Occidente la traducción de textos de Oriente, fomentado por la presencia en los museos de Europa de estatuas, amuletos, relieves. El propio Heine pondría de manifiesto, en contrapunto a Baudelaire, cómo lo que entonces se denominó "satánico" era, originariamente, beatamente pagano. Para Calasso "los dioses son huéspedes fugaces de la literatura" y advierte que el uso de los dioses griegos había servido sobre todo –aparte de razones exóticas, paganas o eruditas– para ser poéticos; lo que ocurre es que los dioses abandonan las hornacinas de la retórica donde algunos parecían haberlos recluidos. Su presencia se expande y "el poder de sus historias continua actuando", aunque quizás sólo en la página escrita, pero no por ello tenemos que desdeñar la importancia del texto: "¿Es quizás un preludio a la extinción? Sólo aparentemente. Porque mientras tanto todas las potencias del culto han emigrado a un solo acto, inmóvil y solitario: el de leer (...) la altísima, inaudita concentración de potencia que se ha condensado y se está condensando en el puro acto de leer."

Calasso pone de manifiesto la necesidad de ciertos autores de interrelacionar su obra con la de los antiguos; así las Ninfas encontrarán en la Lolita de Nabokov su "más grandiosa y llameante celebración".

Friedrich Schlegel se preguntaba si se podía concebir "una nueva mitología" y para Hölderlin será evidente, aunque "no sólo el modo de acoger al dios ha cambiado, sino la forma en que el dios aparece". Como afirma Calasso: "A diferencia de sus contemporáneos, Hölderlin y Nietzsche no escribían *sobre los* griegos.

Sino que ocasionalmente podían ser Griegos ellos mismos".

Sin embargo, la cuestión más problemática de su libro –y lo es cualquier intento de colocarle adjetivos a la Literatura– es la concepción de "*Literatura absoluta*". Para el escritor "este nuevo ser, que aparece un cierto día impreciso y que todavía vive entre nosotros, se puede definir como *Literatura absoluta*. *Literatura*, porque se trata de un saber que se declara y pretende ser inaccesible por otra vía que no sea la composición literaria; *absoluta*, porque es un saber que se asemeja la búsqueda de un absoluto, y por tanto no puede implicar nada menos que el todo; y al mismo tiempo es algo *ab-solutum*, liberado de cualquier vínculo de obediencia o pertenencia, de cualquier funcionalidad respecto al cuerpo social". El origen de esta *Literatura absoluta* estaría en la revista *Athenaeum*, en 1798, con Schelling, Schiller y Friedrich Schlegel.

Literatura que halla en los dioses su principal punto de referencia: "La literatura no es nunca cosa de un único individuo. Los actores son por lo menos tres. La mano que escribe, la voz que habla, el dios que vigila e impone. (...) Podría llamarlos el Yo, el Sé y lo Divino".

También se detiene Calasso en la no diferenciación entre prosa y poesía, siguiendo la línea de Mallarmé que consideraba "que todo es verso", y que el mal llamado verso libre no era un gran descubrimiento. Por tanto, recoge el pensamiento de Mallarmé al considerar que "hablar de libertad en literatura es impropio, y sugiere (genialmente) llamar a ese nuevo verso *polimorfo*", aunque personalmente piensa que quizás sería más exacto denominarlo *pobisílabo*.

Para Calasso, si no existe la prosa, tampoco existe la poesía, ya que "la diferencia entre poesía y prosa es



inconsistente", por tanto, lo único que quedaría sería la Literatura. Nuevamente el camino emprendido por nuestro escritor nos lleva al destino deseado: la *Literatura absoluta*, aunque sin dejar de reconocer que la poesía es, en cierto modo, lo que conecta al hombre con los dioses, pues la métrica permite al hombre usar las formas de éstos.

El mundo de la mente quedará ligado indefectiblemente al mundo de los mitos: "Contrariamente a la ilusión moderna, las fuerzas psíquicas son fragmentos de los dioses, no ya los dioses fragmentos de las fuerzas psíquicas".

En 2002 apareció su última narración, *K. (Adelphi)* dedicada a la figura y la obra de Kafka. No se trataba de hacer aquí una biografía, como la que quince años antes había escrito el también escritor italiano Pietro Citati (*Kafka. Viaggio nelle profondità di un'anima*), sino que lo que persigue Calasso es el pensamiento y la reflexión sobre uno de los autores que mejor ha sabido mostrar lo absurdo, la ineficacia y el vacío de nuestra sociedad. El libro consta de catorce capítulos como "El soberano saturnino", "De los sueños de Pepi", "Potencias", o "Una fotografía" entre otros. Aunque Calasso tiene en cuenta el pensamiento sobre Kafka de Canetti, Benjamín, Adorno o Kraus, sus principales fuentes han sido la obra de creación y las cartas, además de la vida del escritor checo que se mezcla y entreteje con la vida de los protagonistas, e incluso con la del lector que se siente invadido por igual desarraigo, desconcierto y estupor. Para Calasso, el punto sobre el que giran tanto *El proceso* como *El castillo*, es la elección: "El misterio de la elección, su oscuridad impenetrable. En *El castillo* K. quiere la elección –y esto complica infinitamente cada acto. En *El proceso* Joseph K. quiere substraerse a

la elección". Elección y condena apenas se distinguen, aunque bien es verdad que la condena es segura mientras que la elección es incierta.

El mundo y la obra de Kafka giran en torno al escritorio, alrededor de una habitación: "Una habitación puede equivaler a un continente. Mas en la habitación las relaciones de poder se manifestarán en su máxima linealidad, porque mínimos son los elementos que nos pueden distraer". Y ese mundo sin distracciones es el lugar más adecuado para que fluyan las historias que tanto subyugan: "En el fondo es más atractivo contarse historias del mundo en aquella habitación minúscula que relacionarse con ese mundo". Y esto no vale sólo para K., sino también para el propio Kafka, cuyos escritos nacieron en una oscura habitación subterránea, pues, como escribió y recoge el propio Calasso, "cada uno tiene su propia forma de subir del mundo subterráneo, yo lo hago escribiendo".

Nuestro autor se detiene en una vieja fotografía de Hermann Kafka, el padre, cuyo rostro envejecido deja entrever el que hubiera sido –y nunca fue– el rostro del escritor en su inviable vejez. La última imagen que se nos muestra es la de Franz Kafka en el campo, junto a su hermana Ottla, en Zürau, lejos del trabajo, de las mujeres, del padre; allí reflexiona sobre "la impaciencia y la inercia", los "dos pecados capitales del hombre".

Antes de finalizar, Calasso hace una mención a la relación de Kafka con la teología: "La palabra misma no le era congenial. Nombraba poco a los dioses y usaba la astucia para no atraer su atención", sin embargo ponía su atención en lo que denominaba lo indestructible, al afirmar que "lo indestructible es algo que no podemos por menos que advertir, como la sensación de estar vivos. Pero lo que lo indestructible es tiende a per-

manecer escondido. Y quizás es oportuno que sea así".

Como ya hemos dicho anteriormente, hace unos meses Calasso publicó una selección de los textos creados por él mismo para las solapas de los libros que publicaba; bajo el nombre de *Cento lettere a uno sconosciuto* (*Cien cartas a un desconocido*) recoge una selección de esos breves textos cuya misión es predisponer al posible comprador a la lectura. Su contenido es leído principalmente en la librería, antes de la adquisición del ejemplar. Como escribe en la solapa del libro: "Se trataba de decir pocas palabras eficaces, como cuando se presenta un amigo a otro amigo".

Dos son las dedicadas a autores hispánicos, la que hizo en 1966 para *La narración del peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, y la de 1998 para *Textos prisioneros* de Jorge Luis Borges, a quien el propio Calasso no duda en considerar "símbolo de la literatura misma".

Calasso advierte de cómo, desde 1965 hasta 1992, era él quien solía escribir aquellos textos; sin embargo desde esa fecha es un equipo de redacción el que suele hacerlo bajo su supervisión, de ahí que sean pocos los fechados en los últimos años. Para que advirtamos el tono de estos textos, me permito recoger un pequeño fragmento del dedicado a San Ignacio: "todos los acontecimientos más conocidos de la vida de San Ignacio aparecen en esta perspectiva como vistos por un ojo que está fijamente dirigido hacia el interior. De modo que el tono y las maneras de la narración no corresponden para nada con los cánones hagiográficos. (Es) un catálogo denso de detalles que penetran profundamente en la memoria". Entre otros autores seleccionados encontramos los trabajos realizados para obras de Artaud, Asvaghosa, Bazlen, Borges, Canetti, Ceronetti, Cioran,

Colette, De Quincey, Hesse, Hofmannstal, Karl Kraus, Kundera, Landolfi, Loos, Mansfield, Marlowe, Milosz, Nabokov, Nietzsche, Plutarco, Praz, Strindberg, Valery, Yeats, Zhuang-zi...

En definitiva, el tema central de la obra de Calasso, como el de sus protagonistas Cadmo o Garuda, es el viaje como forma de conocimiento, aunque el suyo es un viaje a través de las páginas de los libros de una *Literatura absoluta* que, a través de siglos y milenios, el ser humano ha ido creando para tratar de responder a los enigmas que se le plantean, conjugando lo que los hindúes llaman *bandhus*, esto es, las relaciones y los lazos entre las cosas, entre las diferentes historias aparentemente alejadas en espacio y tiempo.

El lector de Calasso ha de tener en cuenta a la hora de enfrentarse a su vasta obra –y no sólo por su cantidad sino por su variedad– que el conocimiento ha de luchar contra las prisas, contra la impaciencia (también presente al hablar de Kafka), pues como dice Vinata a su hijo: "La impaciencia es el único pecado". Por tanto, predispongámonos a una lectura sosegada por los laberintos de pequeñas y grandes historias narradas por un escritor italiano abierto al mundo, donde, en palabras de Cecilia Drey Müller, "se estimula el pensamiento y la imaginación".

Calasso, conscientemente o no, se convierte en un rapsoda de nuestro tiempo, en un transmisor de conocimientos de todas las culturas que nuestro presente siglo –y el anterior– han puesto al alcance de cualquier lector, máxime si se es como él políglota, pues la formación del escritor del siglo XXI tendrá que contar no sólo con los textos de la literatura propia sino con toda aquella literatura creada desde siempre por el ser humano, desde los textos vedas a los mitos grecolatinos, pasando



por los bíblicos, para llegar a los de los grandes pensadores actuales.

Con su labor de narrador –pero también de editor– ha abierto la puerta del conocimiento de par en par, sin dejar nada atrás, utilizando como instrumentos la paciencia y la reflexión, pues la impaciencia nos aleja de la voz del narrador que en una habitación solitaria, o junto a la hoguera del templo, nos habla de historias que ahondan en la noche para iluminar su oscuridad y acortar la sensación de orfandad. ■

Pedro Luis Ladrón de Guevara Mellado
Profesor de Lengua y Literatura italianas
Universidad de Murcia